

21 de abril de 1878

El espíritu de la Asunción – VIII

**Amor perfecto a Jesucristo.
Amor al prójimo. Espíritu de sacrificio.**

Mis queridas Hijas,

Voy a continuar acerca de lo que os decía del espíritu de la Asunción, pues lo que voy a tratar hoy, me parece que concuerda perfectamente con el misterio de la Resurrección, que además conviene con nuestro espíritu.

La Asunción es, de algún modo, una resurrección. Es la vida de María comenzada en el cielo; y esto nos enseña que nuestra vida debe tener siempre un matiz de alegría, incluso en el sacrificio y en los esfuerzos constantes que tenemos que hacer sobre nosotras mismas; aunque alguna vez uno se fatigue, lo importante es que el modo con el que debemos intentar sobrepasar esos esfuerzos y sacrificios sea más del cielo que de la tierra. Diría, pues, que los dos últimos frutos del amor a Jesucristo en nuestras almas, deben ser la caridad y el espíritu de sacrificio.

En estos últimos días, al meditar el sermón de la Cena, habréis visto que el amor es la señal por la que Jesucristo quiere que se reconozca a sus discípulos. Esta caridad tiene que tener en nosotras un carácter de gran sencillez, de gran franqueza y de gran lealtad. Respecto a esto tenéis una regla magnífica; las Constituciones os dicen que la caridad es un amor que nace de Dios, por el cual nos amamos los unos a los otros, con el mismo amor con el que Dios ama a los hombres, y con el mismo fin que es la santidad en este mundo y la bienaventuranza eterna en el otro. Este amor no es un amor natural, es un amor entre-

gado, un amor verdadero, un amor, que al no fundarse en lo que agrada, hace que se busque, en este mundo, todo lo que es bueno y útil para el bien de las demás criaturas, a las que este amor nos une.

Que esta caridad se mantenga entre vosotras, Hermanas; que se mantenga en el espíritu con el que Jesucristo hablaba con los hombres; que se mantenga en el espíritu de la Virgen María, es decir, en un espíritu de misericordia, de afabilidad, de paz, de bondad, de entrega. He aquí lo que exige de nosotras el espíritu de la Asunción.

El otro fruto del que quería hablaros, la otra característica que debe producir en nosotras el amor a Nuestro Señor Jesucristo, es el espíritu de sacrificio. Habéis recibido de Jesucristo la enseñanza directa a través de todo esto que acabáis de meditar: «... el mundo ha de saber que amo al Padre,... levantaos. Salgamos de aquí», (16) es decir, vayamos al encuentro del sacrificio, a fin de que el mundo conozca que amo al Padre. El sacrificio es pues, la señal, el fruto y la característica del amor. ¿Por qué unir la mortificación a la caridad? El día de Pascua, ¿se debe hablar de mortificación? Sí, porque esta virtud se da a diario en la vida cristiana y en la vida religiosa. Toda la vida cristiana se fundamenta en la mortificación. La que corresponde mejor a las hijas de la Asunción es la que se nos ofrece en la fiesta de la Resurrección. Para vivir la vida divina, la vida de lo alto, es preciso mortificar los miembros que están en la tierra, es decir despojarse de la vida terrestre, de las inclinaciones carnales, humillar lo que hay de malo en nosotras, esto lo uno a la caridad, porque no hay verdadera caridad sin espíritu de mortificación y de sacrificio. Mortificad todos los movimientos contrarios a la caridad; no viváis de ellos, no os detengáis en ellos; vivid de la vida divina que Nuestro Señor nos da en su Resurrección: «Quae sursum sunt sapite; quae sursum sunt quaerite, non quae super terram». (17).

Pues bien, me parece que ahí está la verdadera característica de nuestra mortificación: desprendernos de lo terrestre, no detenernos

(16) Jn. 14, 31.

(17) Col. 3, 1-2.

en lo que agrada a los sentidos, elevarnos más, buscar la pureza en algo celestial como es el amor a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen, seguir a Jesús y a María con espíritu de generosidad, de entrega y de amor hacia el prójimo. Para ser caritativas, es preciso mortificar las malas inclinaciones que hay en nosotras. Es decir, las impacencias, las susceptibilidades, el personalismo, la desafortunada preferencia de nosotras mismas por encima de los demás, que, en el orden de los bienes sensibles, hace que nos amemos más a nosotras de lo que amamos al prójimo.

He dicho una «desafortunada preferencia», porque hay una preferencia legítima, que nos inclina a que nos ocupemos de nuestra salvación antes que de la de los demás. Sin descuidar la entrega a la salvación del prójimo, es absolutamente preciso salvaguardar, ante todo, nuestra salvación, nuestra virtud y nuestra perfección.

Ya que hay un orden establecido en el que se permite ocuparnos de nosotros en primer lugar, es preciso que, en el orden de los bienes sensibles, nos ocupemos antes de los demás. San Vicente de Paul se ocupaba más en conseguir pan para los otros, antes que para él; y, en muchas almas habréis visto esta misma disposición, que hacía decir a nuestra pobre Sor Denise Marie, muerta en Poitiers: «Siempre le he pedido a Dios que si hubiera algo que sufrir en la casa, ese sufrimiento recayese sobre mí; que si tuviera que sobrevenir la enfermedad, la muerte sobre alguna, que fuera sobre mí antes que sobre mis queridas hermanas». Ved que, en lo concerniente al bien sensible, al bienestar e incluso a la vida, prefería a sus hermanas antes que a ella. Si se hubiera tratado de su salvación hubiera sido diferente. Hay que ser un san Pablo para decir: «Desearía yo mismo ser anatema, apartado de Cristo, por mis hermanos». (18) Y aun así, este párrafo necesita una explicación.

En lo referente a la salvación, lo repito, debemos ocuparnos de nosotras; pero en lo referente al consuelo, al bienestar, al bien sensible, es preciso que nos ocupemos de los otros, sin excluirnos, sin

(18) Rm. 9, 3.

embargo, a nosotras. Dios no manda cosas demasiado difíciles: lo que nos manda es que amamos a los otros como nos amamos a nosotros mismos.

Nuestro Señor ha ido más lejos: nos amó más que a sí mismo, se ofreció por nosotros, se entregó por nosotros, sufrió por nosotros. No quiso la equiparación, por eso los santos le han seguido por esta senda, y se han mantenido en el tercer grado de humildad, al que nosotras hemos llamado también grado de amor y de conformidad con la voluntad de Dios. Pero, para llegar ahí, no olvidéis nunca que hay que mantenerse en el segundo grado, en el cual la voluntad debe estar desprendida de todo, y sólo debe inclinarse hacia lo que es voluntad divina. El alma siente, entonces, un deseo verdadero y eficaz de proporcionar a los demás los bienes, que ella busca para sí misma. Se eleva más y se alcanza la disposición generosa que completa la condición de una Religiosa de la Asunción: el espíritu de sacrificio.

Por encima de la mortificación, que lleva a abandonar lo terreno, que lleva a renunciar a las cosas pequeñas, que lleva a desear las cosas celestiales, y a superar las inclinaciones humanas, con todo lo que conllevan de confusión y de agitación; por encima de la caridad fraterna, está el espíritu de sacrificio. El espíritu de sacrificio es algo admirable. Lo que he dicho de Sor Denise Marie se conforma con esto, y ¡cuántas veces, en vuestra vida, habréis visto ejemplos así! ¡Cuántas habréis encontrado, personas que se sacrifican por Dios y por el prójimo! Es la llama que debe encenderse en la cumbre de todas las demás virtudes. Al estar, las otras virtudes, establecidas en el alma, la llama se enciende. Si se enciende con anterioridad, no os fiéis demasiado; pero no la rechazéis, porque os ayudará a consolidar otras virtudes.

Que vuestro corazón sienta el deseo de inmolarse por Dios y por el prójimo, de tomar para sí gustosamente, lo que supone sacrificio, todo lo que humilla, todo lo que anonada. Comprenderéis que si el corazón se abrasa en esa llama, nos parecemos más a Nuestro Señor Jesucristo; pero recordad al mismo tiempo que, si es deseable esta

llama, las acciones deben permanecer sometidas a la obediencia. Ninguna de vosotras puede comprometerse, por medio de una promesa, y menos todavía por un voto, a cualquier otra cosa que lleva a inmolarse por los demás, de forma que sobrepase la Regla. Para esto, hay que consultar, hay que pedir permiso a mantenerse en la obediencia; pero para tener ese deseo, para inflamarse con esta llama, para buscar durante la oración, en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo este amor por el que se sacrificó por nosotros, no es necesario el permiso, en tanto que esto no se convierta en una promesa, pues es un acto de amor.

Es preciso que todo esto forme parte de nuestro espíritu, ya que es frecuente, que se encuentren sus huellas en las hijas de la Asunción. He estado al pie de muchos lechos de muerte, y casi siempre he percibido este espíritu de sacrificio, ese deseo de inmolarse, de ofrecerse por entero por la Iglesia, por la Congregación, por las almas.

Alguna de vosotras ha asistido a la agonía de Sor M. André. La agonía es un sufrimiento extremo, es sentir lentamente la muerte y lentamente experimentarla; pues bien, recordad cómo, en esa situación, la hermana no cesaba de ofrecerse por la Iglesia, por la Congregación, por el bien y por el progreso espiritual de todas sus hermanas, por la salvación de las almas, y que hasta su último suspiro fue para ofrecerse a Dios en Sacrificio. Sus noches eran de sumo sufrimiento. En una ocasión, que unas píldoras le hicieron pasar una noche tranquila, me dijo a la mañana siguiente: «Pero si tomo estas píldoras, ya no tendré nada que ofrecer a Dios; mis noches serán baldías». Se sentía como una persona asustada ante la idea de perder un gran tesoro que estimaba infinitamente, por razón de la generosidad y del amor con los que sabía sufrir.

Esto que os recuerdo ahora y que habéis visto en otras hermanas, se mostraba con tanta sencillez que estas queridas almas no veían, en cierto modo, su generosidad en esta actitud. Era amor, sin miras propias, que caminaba según la voluntad de Dios, que la aceptaba y que hacía decir: «Puesto que queréis para mí, Dios mío, la muerte y el sufrimiento, quiero hacer de ello el acto más generoso y el ofreci-

miento más completo. Es hermoso darse cuando Dios lo pide, que ofrecerse y prometer actos heroicos que, quizá, cuando llegue el momento no se cumplen.

Hay un matiz en el espíritu de sacrificio, de generosidad y de mortificación que deseo ver impreso en vuestras almas. Es algo que está siempre de acuerdo con la voluntad de Dios, con lo que la caridad pide que, ciertamente, cuando llega el momento, arde y se inflama, pero que no se adelanta a los designios de la Providencia. Esta es la señal de un alma totalmente entregada a Nuestro Señor, de un corazón que ama mucho, que es fuerte bajo su acción, mucho más fuerte que las aspiraciones de la imaginación que, si desea algo bueno, cree haberlo alcanzado, cuando todavía no lo posee.

Que Nuestro Señor imprima en vosotras estos rasgos que son propios de la Pasión, pero que la Resurrección no destruye, puesto que Nuestro Señor nunca está dividido. Por una muerte llena, a la vez, de luces del cielo y de sufrimientos de la tierra, todos los santos han llegado a la bienaventuranza para encontrarse con Nuestro Señor.

Jesucristo escogió para sí la parte más dura, el cáliz más amargo, el abandono más extremo. Bajo cualquier forma que os llame a seguirle, dedicad vuestra vida a abandonar la tierra, a amar a Dios, a amar al prójimo por Él, y a renunciaros a vosotras mismas por Dios, hasta la inmolación.

Desde esta Pascua aprended a mantener vuestra vestidura muy blanca, al no faltar nunca a la caridad, y al no sentir ningún atractivo terrestre. Conservadla también muy roja, muy púrpura, muy ornada con la sangre preciosa que Nuestro Señor derramó para dar a vuestra alma un resplandor divino. Que se mantenga en vosotras la pureza, por medio de la mortificación y por la ausencia de toda imperfección, y que el ardor de vuestra caridad está pronto a inflamarse bajo la inspiración del espíritu de sacrificio, siempre que la ocasión se presente y que Dios lo pida.